



# UN ZORRITO SALVAJE

Las leyes universales  
del juego libre

MARÍA RAITI

## Epílogo

### **Mi historia: tu gente ya te está esperando**

Antes de dejar por completo mi trabajo en escuelas hice una consulta con Julieta, la primera persona que conocí que abría registros akáshicos, cuando esto no era en absoluto algo conocido. Estaba bastante nerviosa mientras esperaba en la diminuta salita de espera y se cruzó por mi corazón la memoria de la Yeya.

Cuando por fin fue mi turno, lo primero que me dijo Julieta, luego de abrir los registros, fue:

—Te acompaña tu abuela materna.

*De acuerdo, me dije. Estamos en la misma frecuencia.*

Eso me dio la suficiente confianza para saber que estaba en un lugar seguro. Recuerdo muy pocas cosas de aquella primera consulta, pero sumamente contundentes.

—Antes de nacer firmaste un pacto sagrado para trabajar en educación y en salud —me dijo, sin saber absolutamente nada sobre mi quehacer profesional. Y avanzó vaticinando la tarea que se me presentaría por delante como educadora independiente, por fuera de las instituciones.

Ante mis dudas acerca de cómo abrirme camino en un campo en el que yo era una perfecta desconocida, me respondió:

—Tu gente ya está esperando el servicio que les vas a dar. No te va a faltar trabajo.

¡Y cuánta verdad había en sus palabras! Pero esto no significa que haya sido un camino fácil. Dejar la escuela, o más bien que la escuela me dejara a mí, fue durísimo. Entré en un duelo del que no podía reaccionar durante meses.

Recuerdo el día en que todo cambió... Despedí al último niño que había venido a jugar aquel viernes de agosto a las seis de la tarde y apoyé la espalda contra la puerta, como si fuera un colchón o una pradera vertical y reverdecida, apenas capaz de sostener toda mi felicidad.

Venía de una ruptura laboral que me había partido el corazón y simplemente no podía reconectar con mi pasión.

Mi amiga entrañable, Andrea Prat, me había cruzado unos días antes cerca de la estación de Castelar.

—¿Para cuándo los grupos de juego que me dijiste que ibas a hacer?

—No sé... —respondí sumergiéndome dentro del saquito de hilo turquesa como si fuera un pozo profundo donde pudiera caer y caer hasta el infinito, para que nada ni nadie me pudiera atrapar de vuelta.

—Ya basta. Este viernes te llevo a Katy y a algunos de sus amigos. ¿A las seis? —me preguntó como si dar turnos para cambiarle la vida a otras personas fuera la tarea más rutinaria del mundo.

No recuerdo qué le respondí, pero ¡vaya si me trajo a su hijita y a algunos de sus conocidos, todos de cuatro años, en el día y la hora acordados!

Mi casa no estaba en absoluto preparada como un espacio de juego. Tenía un modesto living y una cocina integrada, con las cosas que en general hay en las casas: un sillón, un escritorio con una computadora, un televisor, un par de bibliotecas. Pero

la intencionalidad lúdica de la infancia nunca tiene pretensiones, sino que precisamente sabe jugar *con lo que hay*. Y lo hace divinamente bien. Ese día fue el comienzo de un viaje personal de autodescubrimiento en el cual mi propia intencionalidad lúdica se volvió a encender y desde entonces ha continuado guiándome a jugar como adulta *con lo que hay*. Para mi enorme sorpresa, descubrí que el juego libre no solo es la estrategia biológica por excelencia para propiciar el desarrollo integral del aprendizaje en la infancia, ¡sino también en los adultos! Sí, el juego libre funciona. Punto. No importa la edad, los desafíos que se enfrenten ni el tiempo que haga desde que lo visitamos por última vez. Cuando vayamos a su casa, el juego libre abrirá sus puertas de par en par con el rostro iluminado y libre de todo reclamo o rencor. Claro que es necesario conocer el camino hasta su madriguera. A diferencia de otros senderos, el que nos lleva a su hogar no estará hecho de piedra ni de tierra o cemento. Este es un camino hecho de un material mucho más sutil y contundente a la vez.

Creo que este sendero viene marcado en mi vida, tal como me señaló Julieta, incluso desde antes de nacer. Pero hay un momento nuclear de mi infancia que lo convirtió en un telar colorido que aún me acompaña cada vez que me busco a mí misma.

Los fragmentos de aquel otro día de felicidad desbocada llegan a mi orilla. Acercados por la marea portan suficientes vestigios para reconstruir la historia. En la fugacidad de los instantes, mensajeros del sin tiempo, se va tejiendo la memoria.

Vamos caminando en flita. Con los pies bien abrigados.

Solo son dos cuadras desde la escuela. Pasamos la iglesia, la esquina empinada y la gran enredadera junto a la puerta del hospital.

Nosotras, diminutas.

Somos una hilera con corazón de luciérnaga, pujando por los oscuros pasillos de piedra hacia la radiante sala de maternidad.

Un conjunto de unas doce niñas, apenas distinguibles bajo capas y capas de bufandas, gorros y camperas. Llevamos entre las manos horas kilométricas de lana renacida en batitas color pastel.

Sé que nuestra maestra de manualidades, Angela Domínguez, lidera la curiosa procesión. Pero no la logro divisar entre los retazos del recuerdo. Siento su espíritu, me falta su rostro.

Sí puedo ver el olor a limpio. Es verde. Y también veo a esa mamá, junto a la ventana, con su diminuto bebé. Pájaro carpintero recién nacido con piquito de leche y jopo mapuche: duro y negro.

—Tejimos en la escuela, le explico. Esta batita. Y esta. Y esta —, agregó y se las voy apilando en la cama. Se las doy todas.

A ella, a la mamá del carpinterito.

Meses de enredada devoción a crochet se escurren de mis manos como granos de arena. Y en mi corazón de luciérnaga nacen súper novas, galaxias enteras.

—Es mejor no regalar todo de golpe —, nos dice Ángela una vez de regreso a la escuela. Mañana nacerán más bebés.

Nacerán. Más. Bebés.

Mañana.

Cada una de sus palabras, cada una de mis lágrimas. Todas las madres. Cada día. Abridadas y abrigando. Bebés de piecitos descalzos. Cachetitos colorados.

Sigo dándolo todo. Y se me escurre el amor de entre las manos. Como un grano más de arena. Como una gota más en el océano.

No. No cambiaré el mar de frío de los pobres. No terminaré con el hambre turbulenta. Pero si no fuera por vos, Ángela, maestra verdadera, yo no sería. Y sin mí, mi mar sería un desierto. Y mi desierto no conocería su arena.